

Lamento por mi amigo Paul Celan

Milo Dor

A los dos días había dejado aquel caro hotel y me mudé donde mi amigo Paul Celan, que vivía en una pensión de la rue des Écoles, cerca del bulevar Saint-Germain. Disponía allí de una habitación y una pequeña antesala que hacía las veces de lavabo y cocina, donde, por una ínfima suma de dinero, colocaron un sofá para que yo durmiera. Los servicios sanitarios se hallaban en la escalera, en los entresuelos, de modo que a veces teníamos que subir o bajar corriendo las escaleras cuando el baño más próximo estaba ocupado. Pero para gente que había dormido sobre los catres y sacos de paja de un campo de concentración o que tuvieron que utilizar sus letrinas malolientes, aquello era un verdadero lujo. Salvados por un descabellado azar de las trampas de la muerte, podíamos hacer o dejar de hacer lo que quisiéramos, aunque en un marco muy estrecho, como corresponde a los marginados del destino. Puede parecer absurdo, pero veíamos aquellas miserables condiciones de vida como un regalo.

Las tres semanas que pasé durmiendo en la antesala de Paul Celan, en un sofá demasiado pequeño, se cuentan entre las más felices y placenteras de mi vida. Pasaba el día caminado por las calles de una ciudad realmente libre, algo que hasta entonces no conocía, visitaba museos, exposiciones y al oscurecer me iba a distintos teatros, donde casi siempre ocupaba las localidades más baratas.

Entonces me impresionaron sobre todo dos obras de Sartre que influyeron durante mucho tiempo, incluso hasta el día de hoy, en mi actitud hacia los Estados Unidos y la Unión Soviética. Esas dos obras son *Las manos sucias* y la más floja *La ramera respetuosa*. Admiro la clara elocuencia con que los franceses expresan sus ideas. Visité entonces a André Breton, que me recibió en su apartamento. El gran pontífice literario de blanca melena acogió sereno y sin pizca de ironía al joven visitante llegado de un lejano país, para recibir de este último los correspondientes homenajes y un libro, mi pobre primer libro que había aparecido dos años antes y que él no podía leer. Su bella y joven

esposa, que el poeta había traído consigo del exilio en México, entró para anunciar que tenían que acudir a una cita –tal vez un pretexto– y lo liberó así de la charla sobre el surrealismo, movimiento al que me adherí en mi más temprana juventud y por el que todavía hoy siento una particular debilidad.

Conocí también a Manès Sperber, que tenía una pequeña oficina en el edificio de la radio en los Campos Elíseos, un hombre de baja estatura, introvertido y escéptico, a cargo entonces de los programas que se transmitían en idioma alemán. Estreché la mano a Albert Camus, cuyo libro *El mito de Sísifo* se me había convertido en una suerte de *Biblia* desde que lo leí. Vi a Camus en una reunión del comité que ofreció su apoyo al primer ciudadano del mundo, un norteamericano llamado Gary Davies. Ese muchacho rubio, altísimo, desgarrado, con su manera de hablar lacónica y fatigada que recordaba a los héroes de las películas del Oeste, había arrojado su pasaporte a las narices de las autoridades de su país y se había declarado ciudadano del mundo. Como no poseía documento alguno, levantó una tienda de campaña frente al Palais Chaillot, donde sesionaban entonces las Naciones Unidas, para exigirles protección y el otorgamiento de un pasaporte como ciudadano universal.

Su actitud, sancionada por las ineptas autoridades –llegaron incluso a encarcelarlo temporalmente por alteración del orden público– provocó entre los intelectuales franceses una acción de solidaridad muy típica en esa época de resurgimiento general. Como ni Paul ni yo teníamos pasaporte o una patria en sentido estricto, fue natural que aquello nos entusiasmara. Envié al periódico *Die Welt am Montag* en Viena un reportaje sobre el asunto, que para mi sorpresa –el periódico pertenecía en parte a las autoridades de ocupación francesa– fue publicado en primera plana. Aquello fue motivo de celebración. Lo festejamos yéndonos al modesto restaurante de madame Berte, donde comimos un *steak* y bebimos vino tinto de garrafa.

Había conocido a Paul Celan en Viena hacía un año. Esa ciudad fue la primera parada de su viaje después de abandonar Bucarest. Un viaje que, en su opinión, sería tal vez el último.

Paul Anczel, que era su verdadero nombre, nació en Czernowitz dos años después de la ruina de la monarquía austrohúngara, a la cual pertenecía su ciudad natal. Su idioma materno era el alemán, como era habitual entre las familias judías de las regiones de Bucovina y Galitzia. Pero Celan creció en Rumania, donde tuvo que emplear el idioma

de la mayoría. Sin embargo, curiosamente, en su época de bachiller comenzó a escribir poemas en alemán. Como sus padres deseaban que aprendiera un oficio respetable, después de terminar el bachillerato lo enviaron a Francia para estudiar medicina. Pero regresó al cabo de dos semestres y se matriculó en la Facultad de Filosofía de Bucarest, porque le interesaban más la literatura y los idiomas.

Fue ese el año en que Hitler desató la Segunda Guerra Mundial, con la cual llegaría a subyugar a casi toda Europa, enviando a la muerte a millones de personas –incluidas las de su propio pueblo–, despojándolas de casa, familia y nación. El joven Paul Anczel ya no tuvo más tiempo para estudiar o escribir poemas, estaba demasiado ocupado en salvar el pellejo.

No sé cómo los alemanes cayeron sobre los antiguos territorios de la monarquía austrohúngara. Probablemente pretendían socorrer a su aliado Rumania, ya que éste no actuaba con suficiente dureza contra la Unión Soviética. Bajo su control quedaron todos los judíos de Bucovina, que fueron sacados de sus casas y enviados a distintos campos de concentración. Al principio Paul se mantuvo escondido, por eso luego fue a parar a un campo distinto al de sus padres, a los que jamás volvió a ver. En la confusa historia de esta guerra, las personas quedaban dispersas, eran fusiladas en masa y exterminadas como alimañas de todas las maneras posibles. Las oportunidades de sobrevivir eran mínimas, sobre todo para los ciudadanos judíos de Europa, a los que Hitler y su camarilla habían declarado los peores enemigos de la raza germana.

Imagino al joven Paul Anczel –que no era alto ni muy fuerte, sino más bien pequeño, enjuto–, cavando fosos antitanques, lo imagino parado en el diario pase de lista, en la infinita hilera de otras figuras también macilentas, tomando una aguada sopa de hierbas o de remolacha con un mendrugo de pan duro, y luego, todo destrozado e insomne, echado en uno de esos catres. No sé mediante qué azar pudo mantenerse con vida, eso jamás me lo contó. Cuando alguien regresa de un territorio situado más allá de la muerte no habla con agrado de ello.

De algún modo pudo escapar y fue a parar donde los rusos, que enrolaron al antiguo estudiante de medicina como sanitario. Cuando regresó a Bucarest después de la guerra –Czernowitz pertenecía ya entonces definitivamente a la Unión Soviética– continuó sus estudios y trabajó como periodista y traductor del ruso, idioma que aprendió durante su estancia al otro lado del frente. Hubiese podido adaptarse y

comenzar a escribir en rumano, lengua que dominaba muy bien, pero siguió escribiendo en alemán poemas que no despertaban ningún interés allí donde vivía. Fue así que empacó todas sus pertenencias, que cabían en una maleta y entre las cuales se hallaba también un puñado de poemas, y partió, con una carta de recomendación del escritor germanoparlante Margul Sperber en el bolsillo, hacia Viena, que por esa época era una ciudad repleta de gente de distintas nacionalidades.

El editor de la revista *Plan*, Otto Basil, a quien iba dirigida la carta de Rumania, publicó algunos poemas y organizó a Paul Anczel, que se llamaba a sí mismo Paul Celan, una lectura en una galería de arte bastante visitada. Pero todo ello tuvo lugar en un vacío sin ningún acceso a la llamada vida cotidiana. Paul se vio obligado a gastar sus últimos ahorros para imprimir su poemario *La arena de las urnas*. El delgado volumen quedó lleno de erratas, por lo que su autor, indignado, lo hizo destruir, y continuó viaje hacia París, donde vivió oscuramente hasta que puso voluntariamente fin a su vida.

Yo nunca estuve en Czernowitz, pero cuando vi una foto de la ciudad la reconocí de inmediato. Era igual en apariencia a Gran Betscherek, la capital del Banat donde una vez vivieron mis abuelos, o a Temeszvar, donde nació mi madre a principios de este siglo. Reconocí el ayuntamiento y la plaza rectangular alrededor de la cual había todavía algunos bancos, tiendas y cafés. Quizás también un teatro cuya fachada se asemejaba a la de todos los teatros entre Trieste y Cracovia. Y detrás, en las anchas y rectas calles, se hallaban casas burguesas de una sola planta o a lo sumo de dos, a través de las cuales se llegaba a jardines que podían ser grandes o pequeños, casi todos bien cuidados.

Aunque la monarquía había dejado de existir hacía mucho tiempo, entre todas esas ciudades de Polonia, Rumania, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia y el norte de Italia había cierto parentesco espiritual invariable, dado por el sector judío de la población. Los que podían permitirse el lujo, se suscribían al *Prager Tagesblatt*, al *Pester Lloyd* o a *Die Fackel* (La antorcha) de Karl Kraus, y compraban libros en idioma alemán. Entre ellos había más admiradores de Lessing, Goethe y, por supuesto, de Heine, que entre los profesores de enseñanza media de origen germano en Alemania y Austria. Ellos sabían leer a esos clásicos con mayor seriedad que los llamados patriotas alemanes, ya que vivían al margen de los estados y de las sociedades oficiales, y por tanto habían conservado cierto escepticismo y una mirada crítica. Es un hecho indiscutible que los judíos contribuyeron de manera esencial